

## LA PARABOLA DE LOS DOS DEUDORES

“Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume. Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amé mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.” (Lucas 7:36-50)

## EL AMOR Y EL PERDON

(Lección 7)



Jesús había recibido una invitación a merendar, de Simón. No sabemos cuando o dónde fue la cena, sólo que fue en casa de un fariseo. Había otros huéspedes invitados, lo cual indica que Simón había llegado a un nivel económico y social respetado en su comunidad. La gente pobre de Palestina vivía en casas muy pequeñas, usualmente de un solo cuarto. Los más ricos vivían en casas con algunos cuartos que daban al patio. El patio, por supuesto, era un lugar favorito, y en el calor del verano comúnmente se servía la comida allí. En esos días la gente no se sentaba en silla a comer. Las mesas eran fabricadas muy bajas, y eran rodeadas por sillones bajos. La posición normal para comer consistía en reclinarsse sobre el lado izquierdo, sosteniéndose sobre el codo izquierdo; dejando así que la mano derecha se moviera fácilmente al comer. Acostarse con

comodidad mientras comían fue una costumbre que los judíos tomaron de los griegos. La palabra original griega “kataklineo” traducida “sentarse a la mesa” literalmente quiere decir “acostarse” o “reclinarse.”

### Personajes de la narración

El primer personaje de notar es Simón. Era fariseo. El nombre fariseo literalmente quiere decir “el separado”. Los fariseos eran los puristas o apartados de su día, la secta más estricta de la religión judía (vea Hechos 26:5). No era tanto su observar estricto de la ley sino su atar reglas insignificantes a la ley lo que los mantenía apartados de los demás. Los fariseos se alejaron de todo lo no judío, pero también se separaban de la mayoría de la gente, la muchedumbre vulgar, a la que llamaban “la gente de la tierra”. Mas Simón el fariseo invita a Jesús a cenar. No sabemos por qué. Posiblemente le extendió la invitación para descubrirle alguna falla, o tal vez, simplemente, era curioso y quería saber más de él. Sea lo que fuere la explicación, la parábola misma demuestra que Jesús no fue invitado por un corazón de amistad y amor.

La mujer, en la narración, no tiene nombre y es desconocida. No hay por qué identificarla con María Magdalena o María, hermana de Lázaro. Solamente sabemos que sus pecados eran muchos. Es mejor que se quede en la obscuridad.

### El desarrollo de la narración

Una mujer con una reputación notoria entra y toma posición detrás de Jesús. Empieza a llorar. Sus lágrimas caen en sus pies y ella las seca con su largo pelo. En esos tiempos era considerado inmodesto que una mujer se soltara el pelo en público, pero el amor de esta mujer para su Señor la persuadió, y no le importó lo que fueran los resultados de sus acciones. Había traído con ella un frasco de perfume precioso, el cual usa para ungir los pies de Jesús; y como si no fuera esto suficiente, le cubre sus pies con besos.

Parece que desde el principio, Simón y sus amigos, desconfiaban de Jesús. Y ahora que ocurre esto, están muy escandalizados. Simón dice entre sí: “Esto me saca de dudas. Si este hombre fuera profeta, sabría que esta mujer es una sinvergüenza pecadora y no tendría nada que ver con ella.” Pero el amor comprende el amor, y entonces Jesús dice: “Simón, tengo que decirte algo. Una vez había un hombre que tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios, y el otro le debía cincuenta denarios. (El denario era una moneda romana que valía unos veinte centavos de dólar.) Ninguno de los deudores podía pagar su deuda, y el hombre los perdonó a ambos. Ahora Simón, ¿cuál de los dos le amará más?” Simón no tuvo más que replicar: “Supongo que el hombre a quien perdonó más.” De esta manera Jesús reveló a Simón la diferencia entre él y la mujer pecadora. Simón no le había extendido a Jesús aún las cortesías rutinarias que se

proveía para una visita —ni agua para sus pies, ni aceite para su cabeza, ni beso de amor. Pero el amor de la mujer, a quien Simón miraba con desprecio, sobreabundó en su expresión de agradecimiento.

#### LAS LECCIONES DE LA NARRACION

El amor de Cristo para nosotros. La primera cosa que vemos en esta historia es el deseo de Cristo de recibir el cariño de una mujer degenerada. Esta mujer era conocida por pecadora. Los fariseos no tenían nada que ver con la gente común, mucho menos con una persona considerada como la peor de todas. Y debemos recordar que todo el acontecimiento fue hecho en público, ante los ojos de los que eran prontos en criticar. En esos días era una cosa inaudita que un rabí hablara a una mujer en público, y las libertades que tomó esta mujer con Jesús fueron doble escándalo para los otros huéspedes de la cena. Jesús sabía qué clase de mujer era, y aún así no se avergonzó de su conducta. “Si este hombre fuera profeta,” decía el fariseo, —esperando o que supiera más, o que actuara mejor—. Jesús lo sabía, y por eso no pudo haber actuado sabiamente.

Uno de los elementos sobresalientes de este bello cuento es que Cristo recibe al pecador. Las líneas más lindas de los evangelios son las que se refieren a la simpatía y a la ternura con que el Señor se dirigía a los pisoteados y a los proscritos. En Sicar una mujer samaritana lo confronta. Aunque había destruido su vida por sus muchos matrimonios, le habló bondadosamente acerca de la vida eterna; y seguramente fue, tanto su método como lo que le dijo, lo que la llevó a la fe en el Mesías (vea Juan 4:7-30; 39-42). Fue atributo de Jesús el ser amigo de los que cobraban impuestos y de los pecadores. A veces los hombres de hoy en día no vienen a Cristo a causa de sus pecados. Esperan, tratando de limpiarse para ser dignos del amor de Cristo. Pero uno mismo no puede purgarse de lo que solamente la sangre de Cristo puede quitar (vea Efesios 1:7; 1ª Pedro 1:18,19). Los enemigos de Jesús se burlaban de él porque recibía a los pecadores, pero aún hoy día, esa es su mayor gloria.

Nuestro amor para Cristo. Esta narración nos enseña que nuestro amor para Cristo es proporcional con nuestro reconocimiento del pecado. Había una diferencia radical entre Simón el fariseo y la mujer pecadora. Simón no se daba cuenta de sus pecados, pero la mujer nunca pocha olvidar que era pecadora. Simón era un hombre que no necesitaba del perdón; la mujer necesitaba mucho perdón. La diferencia entre los dos, entonces, fue básicamente el reconocimiento del pecado y la necesidad del Salvador.

Sería una mala aplicación de la parábola suponer que uno necesita alcanzar el perdón de grandes pecados para tener gran amor por Cristo. Sin embargo, es cierto que un hombre que ha pasado treinta años tras las

paredes de una prisión aprecia su libertad mucho más que un hombre que ha pasado sólo una noche en la cárcel. Y de la misma manera ocurre muchas veces con el pecado y el perdón. Algunos han experimentado el pecado por años, y para ellos es un gozo grande y constante estar en Cristo. Pero esto no demanda que continuemos en el pecado para que la gracia abunde (vea Romanos 6:1-4). El que verdaderamente busca el perdón no puede al mismo tiempo amar el pecado. Muchas veces el, peor pecador es desprovisto de conciencia y no puede sentir el pecado, mientras que los más puros y santos siempre se dan cuenta que no alcanzan la gloria de Dios. Entonces, al final, no es la cantidad de pecados sino la conciencia de pecado la que hace apreciar a un hombre a su Salvador. Hasta que aprendamos lo que Cristo ha hecho por nosotros, Cristo no será precioso para nosotros.

El mayor de éstos es el amor. Este cuento también nos enseña la grandeza del amor. Jesús preguntó a Simón cuál de los dos deudores amaría más a su acreedor. ¿Por qué hizo esta pregunta? Claramente porque el amor es muy importante. La mujer pecadora, con todas sus fallas, tenía amor; y amor era la cosa principal que faltaba en la vida del auto-suficiente Simón. La observación escrupulosa por Simón de las tradiciones farisaicas no podía reemplazar el amor.

Jesús dijo que el primer mandamiento del reino es amar a Dios con todo el ser, y que el segundo mandamiento es amar al prójimo como a sí mismo (Marcos 12:29-31). El amor es básico. Es, igualmente, primero y segundo. Nada vale sin él. El amor lo sustenta todo.

Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero, ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo. El amor jamás dejará de existir.  
(1ª Corintios 13:4-8, Versión Popular)

Esta parábola enseña que nuestro amor para Cristo no es mayor que nuestra apreciación del perdón. Pero la apreciación del perdón depende de nuestra convicción de pecado. Si no tomamos en serio el pecado, no podemos estar agradecidos de la salvación. Posiblemente ésta es la raíz del problema de evangelizar al mundo entero. Apreciamos nuestro perdón tan poco, que tenemos muy poco para compartir con el mundo.

## PREGUNTAS

1. Contar algo acerca de las casas y de las costumbres de comer de la gente de Palestina. ¿Cuál es el significado de la escena en la

casa del fariseo? ¿Quiénes eran los fariseos? ¿Qué quiere decir “la gente de la tierra”?

2. Los fariseos se burlaban de Jesús porque recibía a los pecadores. Comentar sobre lo que debe ser nuestra actitud para con los pecadores en vista de 1<sup>a</sup> Corintios 15:33.
  
3. ¿Cuál era la diferencia básica entre Simón y la mujer pecadora? ¿Ambos eran pecadores? Se ha dicho que el amor a Dios y el odio al pecado son como dos lados de una moneda. Discutir este dicho.